

Reportaje

Tecnología de última generación para humanizar la cotidianidad

Julián Del Olmo

La silla de ruedas

El invento de la rueda revolucionó el mundo. Una de sus infinitas aplicaciones ha sido la silla de ruedas. Yo tengo una en casa en la que viaja mi madre por el circuito cerrado de su vejez. La tecnología de la silla que utiliza mi madre es de primera generación. Sólo tiene asiento, reposapiés, cuatro ruedas y freno de mano. En cambio, la de Diego, el vecino, parece un vehículo espacial guiado por computadora que le da plena autonomía de movimientos. La de mi madre necesita conductor especializado en maniobras de paciencia, comprensión y respeto. A mi madre, que es muy señora, hay que llevarla y traerla, lo que le da seguridad y, además, le permite comentar sobre la marcha las incidencias de la carrera. Ayer, mientras caminábamos por los pasillos del corazón, me dijo que desde la silla de ruedas la vida se ve de otro color: el violeta de la humildad y el blanco de la solidaridad. Cuando uno toma el mando de la silla de ruedas, un escalofrío de sensaciones inéditas recorre el cuerpo. Experimentas la fragilidad humana que nos obliga a depender unos de otros. Compruebas que la prisa nos ha convertido en marionetas de feria. Y descubres el incalculable valor de la palabra amable que provoca sonrisas y revuelo de esperanzas.

La silla de ruedas ha revolucionado la vida de mi madre, dándole alas a sus piernas plomizas, y la de sus hijos y amigos, obligándonos a sacar el carné de conducir ancianos y enfermos, aunque algunos, todavía, no hemos pasado el examen práctico.

El fonendoscopio

“Respire hondo. Diga 33. Relájese”, dice el galeno mientras investiga el estado de los pulmones y del corazón con el fonendoscopio, invento de largo alcance que la tecnología punta no ha conseguido desterrar.

El fonendoscopio es el cordón umbilical que une al enfermo con el médico, transmitiéndole, en vivo y en directo, los latidos de su corazón y el soplo de aire que oxigena sus pulmones. Las nuevas tecnologías, más eficaces pero sin alma, han convertido al enfermo en dato de computadora.

Todos los seres humanos, no sólo los profesionales sanitarios, tendríamos que aprender a manejar el fonendoscopio del cariño para explorar los misterios del corazón y del alma y corregir arritmias y prevenir infartos de miocardio que el electrocardiógrafo no puede detectar.